

ESTUDIO EN ESCARLATA



ARTHUR CONAN
DOYLE
ESTUDIO
EN ESCARLATA

Estudio en escarlata

Título original: *A Study in Scarlet*

Autor: Arthur Conan Doyle

Traductora: María Ofelia Pérez Lis

© Grupo ILHSA S. A. para su sello Editorial El Ateneo, 2026

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires, Argentina

Tel.: (54 11) 4943-8200

editorial@elatenio.com - www.editorialelateneo.com.ar

Dirección editorial: Marcela Luza

Gerencia editorial y edición: Marina von der Pahlen

Producción: Pablo Gauna

Coordinación de diseño: Marianela Acuña

Diseño de tapa: Claudia Solari

Armado de interior: Isabel Barutti

1ª edición: marzo 2026

ISBN 978-950-02-1734-7

Impreso en Printing Books,
Mario Bravo 835, Avellaneda,
provincia de Buenos Aires,
en marzo de 2026.

Tirada: 5000 ejemplares

Libro de edición argentina.

Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723.

Conan Doyle, Arthur

Estudio en escarlata / Arthur Conan Doyle. - 1a ed. -
Ciudad Autónoma de Buenos Aires : El Ateneo, 2026.
224 p. ; 19 x 12 cm.

Traducción de: María Ofelia Pérez Lis.

ISBN 978-950-02-1734-7

1. Novelas Policiales. 2. Novelas de Misterio. 3. Narrativa
Inglesa. I. Pérez Lis, María Ofelia, trad. II. Título.

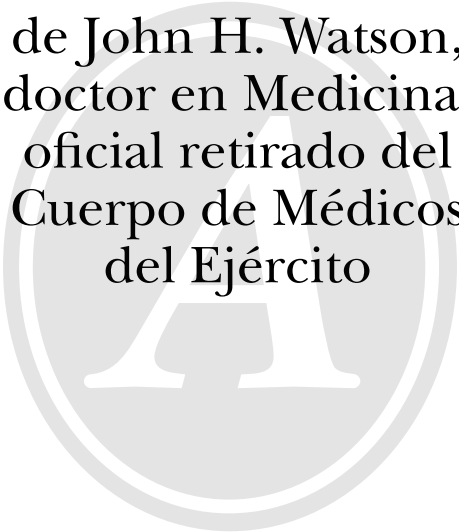
CDD A860

Esta es una obra de ficción. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, o hechos reales, es pura coincidencia. De ningún modo se proponen sugerencias y/o consejos. Grupo Ilhsa S.A., sus socios, empleados y/o directivos no se responsabilizan por los resultados de otros usos del presente libro.

El editor se reserva todos los derechos sobre esta obra. En consecuencia, no puede reproducirse total o parcialmente por ningún método de reproducción existente o por existir incluyendo el gráfico, electrónico y/o mecánico (como ser el fotocopiado, el registro electromagnético y/o el almacenamiento de datos, entre otros), sin el expreso consentimiento de su editor, Grupo Ilhsa S.A. (Ley n° 11.723).

I

Reimpresión de las
memorias
de John H. Watson,
doctor en Medicina,
oficial retirado del
Cuerpo de Médicos
del Ejército



El señor Sherlock Holmes

En 1878, me recibí de doctor en Medicina en la Universidad de Londres y, a continuación, me dirigí a Netley, para realizar el curso obligatorio a fin de convertirme en cirujano en el ejército. Luego de completar ese estudio ejercí como auxiliar —como médico cirujano— del Quinto Regimiento de Infantes de Northumberland. Antes de que pudiera incorporarme a dicho regimiento, que se encontraba en la India, se desató la segunda guerra de Afganistán. Llegado a Bombay, supe que mi unidad había atravesado los pasos fronterizos y había pasado al país enemigo, no obstante lo cual me dispuse a continuar el viaje en compañía de otros oficiales, que estaban en idéntica situación. Junto a ellos logré llegar a Kandahar, donde me uní a mi regimiento y de inmediato comencé mi nuevo servicio.

Aunque, para muchos, dicha campaña redundó en honores y ascensos, a mí solo me trajo desdichas. Al comenzar la batalla de Maiwand, yo había sido separado de

mi brigada y había sido asignado a las tropas del Berkshire. Allí, me hirió una bala explosiva que me destrozó el hueso y rozó la arteria del subclavio. De no ser por el coraje y la leal actitud de mi ayudante Murray, que me cargó como una bolsa en un caballo y pudo llevarme hasta las líneas británicas, seguramente los *ghazis* asesinos me habrían atrapado. Exhausto y débil a causa del dolor y las fatigas soportadas, fui trasladado al hospital de base de Peshawar en un extenso convoy de heridos. Ya me estaba restableciendo allí, a tal punto que paseaba por las salas y hasta salía a tomar algo de sol en la terraza, cuando el tifus, ese azote de nuestras posesiones en la India, me atacó. Temieron que muriera durante meses, hasta que por fin reaccioné y comencé mi convalecencia. Sin embargo, tal era mi estado de debilidad que el Consejo Médico dictaminó que regresara inmediatamente a Inglaterra.

Así pues, me embarcaron en el transporte militar *Orontes* y, luego de un mes, arribé al muelle de Portsmouth transformado en una auténtica piltrafa, aunque con un permiso extendido por un gobierno paternalista para que en nueve meses me recompusiera.

Como en Inglaterra carecía de parientes o amigos, era totalmente libre como el aire o tanto como un hombre puede serlo con un ingreso de once chelines y seis peniques al día. Como era de suponer en una situación

como aquella, me dirigí a Londres, ese gran reducto al que todos los que disfrutaban de un tiempo de ocio se ven atraídos de manera irresistible. Me hospedé, entonces, en un buen hotel del Strand y por un período llevé una vida sin comodidades ni objetivos, y gasté mi dinero con mucha mayor prodigalidad de lo que debía. Tan alarmante comenzó a ser mi situación financiera que no demoré en comprender que si quería permanecer en la gran ciudad y pretendía no regresar al campo para llevar una dura vida rural, debía cambiar mi estilo de vida por completo. Decidí esto último y, en consecuencia, comencé por dejar el hotel y mudarme a una habitación más barata y sin tantas pretensiones.

Justo el día en que llegué a tal conclusión, mientras estaba en el bar Criterion, sentí unos golpecitos en el hombro. Me di vuelta y vi que era el joven Stamford, que había trabajado como practicante bajo mis órdenes en el Bart's.¹ Para una persona solitaria, resulta sumamente grato encontrar una cara amiga en la inmensa y extraña multitud de Londres.

Si bien Stamford no era un gran amigo mío exactamente, en esa ocasión lo saludé entusiasmado y él pareció

1. Abreviatura de San Bartolomé, hospital de practicantes para los nuevos graduados.

contento de verme. Preso de una gran alegría, lo invité a almorzar en Holborn, y hacia allí fuimos en un carruaje de alquiler.

—¿Y qué fue de su vida, Watson? —me preguntó, sin disimular su sorpresa, mientras el coche se sacudía por las concurridas calles de Londres—. Está flaco como una tabla y tostado como una nuez.

Entonces, le resumí brevemente mis aventuras. Apenas concluí, cuando llegamos a destino.

—¡Pobre hombre! —dijo compadeciéndose después de escuchar mis infortunios—. ¿Y qué está haciendo ahora?

—Busco una habitación —le respondí—. Trato de resolver el problema de encontrar habitaciones cómodas a un precio razonable.

—Qué curioso —notó mi acompañante—. Hoy usted es la segunda persona que me menciona esto.

—¿Quién fue la primera? —le pregunté.

—Un hombre que trabaja en el laboratorio de química del hospital. Justo esta mañana, se quejaba de no poder encontrar a nadie para compartir un lindo apartamento que había hallado, pero que le resultaba un tanto oneroso para su presupuesto.

—¡Por Júpiter! Si realmente busca a alguien con quien compartir las habitaciones y el gasto, yo soy la persona

adecuada. Incluso me parecería mejor tener un compañero que vivir solo.

El joven Stamford me miró por encima de un vaso de vino de una manera extraña y agregó:

—Usted todavía no conoce a Sherlock Holmes; tal vez no esté interesado en ser su compañero.

—¿Por qué? ¿Hay algo en su contra?

—No dije tal cosa. Es un hombre de ideas exóticas. Le interesan ciertas ramas de la ciencia. Pero es una persona bastante aceptable, por lo que me consta.

—¿Estudia Medicina?

—No..., no sé. Creo que tiene dominio de la anatomía y que es un químico de primer orden; no obstante lo cual, según lo que sé, nunca cursó clases de Medicina. Si bien en sus estudios es sumamente variable y exótico, posee un conjunto de conocimientos excéntricos que dejaría atónitos a sus profesores.

—¿Alguna vez le preguntó cuál es su objetivo?

—Jamás. No es una persona con quien se haga sencillo conversar, si bien, cuando está en vena, suele ser bastante locuaz.

—Me agradecería conocerlo —dije—. Si he de compartir con alguien las habitaciones, preferiría que fuera una persona de estudio y de costumbres tranquilas. Todavía no me siento lo suficientemente fuerte como para tolerar mucho

barullo o ruido. Los que tuve que soportar en Afganistán me alcanzan para lo que me resta de vida. ¿Hay forma de que pueda conocer a su amigo?

—De seguro ahora mismo se encuentra en el laboratorio —respondió mi compañero—. A veces, no aparece durante semanas por allí y, otras, no sale del laboratorio desde la mañana hasta la noche. Si está de acuerdo, después de almorzar podemos ir en coche.

—Desde luego —le respondí.

Y la conversación tomó otros caminos.

Después de dejar Holborn, mientras íbamos rumbo al hospital, Stamford me fue contando otros detalles sobre el caballero con quien me proponía compartir habitaciones.

—No debe responsabilizarme si no congenia con él —me advirtió—. Lo que sé, lo sé únicamente por haberlo tratado en el laboratorio alguna que otra vez. Usted es quien lo ha propuesto y no debe echarme la culpa.

—Si no congeniamos, no será difícil separarnos. Me parece, Stamford, que existe algún motivo por el que desea atajarse en este tema —aduje, clavando los ojos en mi compañero—. ¿Acaso es un hombre sumamente alterado o algo por el estilo? No me venga con rodeos.

—No es fácil explicar lo inexplicable —me respondió entre risas—. Holmes es, para mí, científico en exceso; casi en el límite de la insensibilidad. Creo que hasta puedo

imaginarlo dándole a probar a un amigo algún estimulante vegetal muy moderno, y no por malevolencia, entiéndame, sino por espíritu investigativo, para desentrañar los efectos de la droga de un modo preciso. Y para hacerle justicia, considero que él mismo lo bebería con idéntica naturalidad. Es alguien con verdadera pasión por lo concreto y por la exactitud en el conocimiento, según puede apreciarse.

—Y tiene absoluta razón.

—Sí, aunque dicha condición puede llevar a excesos. Impresiona verlo golpear los cadáveres con un palo en los cuartos de disección.

—¡Golpear los cadáveres!

—Sí, para establecer qué tipo de marcas se pueden provocar después de la muerte de la persona. Lo he presenciado con mis propios ojos.

—¿Y afirma que no estudia Medicina?

—No. ¡Vaya uno a saber qué se propone con sus estudios! Pero ya llegamos, ahora usted será quien deba hacerse su propia impresión.

En tanto hablaba, nos introdujimos por un angosto camino y cruzamos una pequeña puerta lateral, a través de la que se ingresaba a una de las alas del gran hospital. Aquello era para mí sumamente familiar y no precisé que me indicara el recorrido cuando subimos por

la tosca escalera de piedra ni luego por el largo pasillo, de paredes blanqueadas y puertas parduscas. Al final de este, seguía un corredor abovedado y bajo, por el que se arribaba al laboratorio de química, una sala de gran altura, con botellas ordenadas en las paredes y también esparcidas por el piso. En distintos sectores, se veían mesas anchas, de escasa altura, cubiertas de destiladores, tubos de ensayo y pequeños mecheros Bunsen con llamas azules ondulantes. En el cuarto había un solo estudiante. Se hallaba muy concentrado en su trabajo, inclinado sobre una mesa apartada. Se dio la vuelta ante el ruido de nuestros pasos y se puso de pie con una exclamación de júbilo.

—¡Lo descubrí! ¡Lo descubrí! —le dijo a mi compañero y corrió hacia donde estábamos sosteniendo un tubo de ensayo en la mano—. Descubrí un reactivo que se precipita por la hemoglobina, y solamente por la hemoglobina.

Si hubiera encontrado una mina de oro, su cara no se habría iluminado con mayor felicidad.

—El doctor Watson; el señor Sherlock Holmes —nos presentó Stamford.

—¿Cómo está usted? —me saludó cordialmente, estrechó mi mano con una fuerza lejana a la que yo hubiera imaginado—. Estuvo en Afganistán, según veo.

—¿Cómo diablos puede saberlo?

—No se preocupe —señaló él, mientras reía por lo bajo—. En este momento solo se trata de la hemoglobina. Sin duda, usted puede calibrar todo el sentido de mi descubrimiento, ¿verdad?

—No caben dudas de que, en el aspecto químico, es interesante —respondí—. Ahora... en lo práctico...

—Pero, hombre, ¿es el descubrimiento de mayores consecuencias prácticas para la medicina oficial! Tome en cuenta que nos da una prueba absoluta para detectar las manchas de sangre, ¡venga a verlo!

Su interés era tan grande, que me tomó de la manga de mi saco y me condujo a la mesa donde había estado trabajando.

—Tomemos algo de sangre fresca —dijo, mientras se clavaba una aguja larga en el dedo y vertía la gota de sangre que obtuvo con el pinchazo en una probeta de laboratorio—. A continuación, mezclaré esta mínima cantidad de sangre con un litro de agua. Note que la mezcla tiene la apariencia del agua pura. La proporción de la sangre no debe exceder uno en un millón. Así pues, tengo la certeza de que podemos obtener la reacción característica.

En tanto explicaba, vertió unos cristales blancos en la vasija y, luego, unas gotas de un líquido transparente. De inmediato, la mezcla fue tomando un tenue color caoba y en el fondo surgió un polvo marrón.

—¡Ajá! —exclamó mientras daba palmadas, tan maravillado como un niño con juguete nuevo—. ¿Qué me dice sobre esto?

—Parece una demostración muy fina —señalé.

—¡Grandiosa! ¡Magnífica! La prueba tradicional del cuenco de madera era demasiado tosca y poco segura. Y exactamente lo mismo acontece con la búsqueda microscópica de corpúsculos de la sangre. Si las manchas de sangre tienen algunas horas, esta última demostración resulta insustancial. Ahora bien: esto, en cambio, parece que actúa con idéntica eficacia si la sangre es vieja o fresca. Si esta prueba ya hubiese sido demostrada, cientos de personas, que, hoy por hoy, caminan tranquilas por las calles, hace tiempo habrían pagado por sus crímenes.

—¿Sí? —murmuré.

—Permanentemente los casos criminales rondan este dilema. Meses después de cometido un crimen, las sospechas recaen sobre determinada persona. Entonces, sus trajes y sus prendas interiores son revisados, y se advierten, en unos y otras, algunas manchas de color pardo. ¿Son manchas de sangre, de barro, de suciedad, de fruta o de qué? He allí el interrogante que ha desconcertado a muchos especialistas. ¿Por qué? Porque no se tiene una prueba infalible. Pero a partir de hoy, ya no habrá más inconvenientes, pues se dispondrá de la prueba de Sherlock Holmes.

Mientras hablaba, sus ojos resplandecían. Colocó la palma de su mano sobre el corazón e hizo una inclinación como lo habría hecho ante los aplausos de una multitud imaginaria.

—Merece una felicitación —observé, bastante sorprendido por su entusiasmo.

—En Fráncfort, el año pasado se produjo el caso de von Bischoff. De seguro, si hubiese existido esta prueba, lo habrían ahorcado. También tuvimos el caso de Mason, de Bradford, y el famoso de Muller y Lefèvre, de Montpellier, y el de Samson, de Nueva Orleans. Podría nombrar unos veinte casos en los que hubiera sido definitiva.

—Parece ser usted un calendario vivo del crimen —dijo Stamford entre risas—. Podría hacer una publicación con esa línea general, con el título de *Historia policíaca del pasado*.

—Y tal vez su lectura fuese sumamente interesante —notó Sherlock Holmes, mientras se colocaba un apósito sobre el pinchazo del dedo.

Después, se volvió hacia mí con una sonrisa y continuó:

—Como frecuentemente trabajo con venenos, es importante que sea cuidadoso —mientras decía esto, extendió la mano y pude observar que la tenía moteada, de otros apósitos similares, y decolorada, por efecto del uso de ácidos fuertes.

—Vinimos a proponerle un negocio —señaló Stamford, mientras se sentaba en un taburete de tres patas y con el pie empujaba otro hacia mí—. Mi amigo está buscando dónde alojarse; y como usted se quejaba de que no hallaba a nadie para compartir habitaciones, supuse que contactarlos era lo mejor que podía hacer.

La idea pareció satisfacerle y advirtió:

—En Baker Street vi un par de habitaciones que nos vendrían perfectas. ¿No le molesta el humo del tabaco fuerte, no es así?

—Justamente, solo fumo esos —le respondí.

—Por ahora, vamos bien. Suelo manipular sustancias químicas y realizo experimentos de tanto en tanto. ¿Eso lo perturbaría?

—¡En absoluto!

—¿Qué otras desventajas poseo? Veamos, de tanto en tanto, también me asalta la melancolía, y estoy días y días sin hablar. Cuando eso me suceda, no deberá considerarme como una persona hosca. Se me pasa pronto, así que debe dejarme solo conmigo mismo. Por su parte, ¿tiene usted algo que confesar? Es productivo que, cuando dos personas comienzan a vivir juntas, conozcan lo peor de cada una de ellas.

Tal interrogatorio me hizo reír y respondí:

—Poseo un rifle. Como mi sistema nervioso está colapsado, me perturban los ruidos. Me levanto de la cama a las

horas más insólitas e insensatas, y soy lo más perezoso que existe. Cuando tengo buena salud, mis defectos son otros, pero los que señalé son los principales en este momento.

—¿Incluye el sonido del violín? —quiso saber Sherlock Holmes con ansiedad.

—Eso depende del violinista —expliqué—. El violín ejecutado por buenas manos es el placer de los dioses, ahora, cuando se toca mal...

—Entonces, no tenemos inconvenientes —exclamó con una risa alegre—. Si le gustan las habitaciones, me parece que podemos dar nuestro trato por cerrado.

—¿Cuándo podemos verlas?

—Mañana al mediodía pásame a buscar por aquí. Iremos los dos y lo dejaremos todo arreglado —me contestó.

—Perfectamente. A las doce en punto —le respondí dándole un apretón de manos.

Lo dejamos trabajando en sus químicos y juntos fuimos caminando a mi hotel.

—A todo esto —pregunté de pronto, mientras me detenía y volvía a mirar a Stamford—. ¿Cómo supo que había regresado de Afganistán?

Mi acompañante sonrió enigmático y explicó:

—Exactamente esa es su particularidad. Muchas personas ya se han preguntado cómo hace para descubrir las cosas.

—¡Bueno! Entonces, es un misterio, ¿verdad? —exclamé, mientras me frotaba las manos—. Esto parece de lo más intrigante. Le agradezco mucho el habernos presentado. Sabe usted aquello de que “el verdadero tema de estudio para la humanidad es el hombre”.

—Entonces, concéntrese en estudiarlo —me instó Stamford mientras nos despedíamos—. Aunque le resultará una cuestión difícil. Puedo apostar a que él averiguará más de usted, que usted de él. Adiós.

—Adiós —respondí.

Y sumamente interesado en el hombre que acababa de conocer, continué caminando hacia el hotel.